







# COOPERATIVA SOCIALISTA

Exactitud en el peso.-Calidad excelente.-Baratura en los precios.  
Todo ello lo encontraréis comprando en los establecimientos de la

## Cooperativa - Socialista - Madrileña.

TIENDAS DE ULTRAMARINOS FINOS

Calle de la Arganzuela, núm. 1 (teléfono 5.099).  
Cava Baja, 33.  
Valencia, 5 (teléfono 4.795).

Pilar, 41 (Guindalera).  
Martínez Campos, 1.  
Libertad, 26 (teléfono 4.368).  
Juan Pantoja, 9 (teléfono 3.691).

Gran café en la Casa del Pueblo, Piamonte, 2.

### Platos del día (domingo).

A las doce.—Paella con pollo	1,00 pesetas.
— Tortilla con escabeche	1,00 —
A las seis.—Pepitoria de gallina	1,00 —
— Ternera a la italiana	1,00 —

## MOLINO DE CHOCOLATES

COLONIALES Y TODA CLASE DE PRODUCTOS ULTRAMARINOS  
**ISIDRO LÓPEZ COBOS**  
Génova, 4.— Teléfono 2.470.

Carbonería Cooperativa  
de los Cocheros de Madrid.  
Través de San Mateo, 6. (Teléf. 5.166).  
Se garantiza el peso y la calidad del producto.—Se sirve a domicilio.

Cooperativa Socialista Valenciana.  
Peso y calidad garantizados.—Economía en los precios.—Servicio a domicilio.  
Padilla, 4.—Centro de Sociedades Obreras.—Valencia.

Cooperativa Socialista de Chamartín de la Rosa.  
Garibaldi, núm. 8.—Casa del Pueblo.  
Trabajadores! Comprando en esta Cooperativa encontraréis exactitud en el peso, excelente calidad en los artículos que despacha y economía en los precios.

**GASCA**  
RELOJERO  
Cristales a real.  
Composturas garantizadas, a precios módicos.  
TETUAN, 24  
(frente al Frontón Central).

## PRENDAS de abrigo. - Rito Esteban. - Farmacia, 3.

Cooperativa Socialista Vizcaína. Exactitud en el peso. Calidad excelente. Baratura en los precios.  
Venta de legumbres de todas clases, aceites filtrados, vinos, licores, alpergatas y batería de cocina.  
San Francisco, 9.—Urazurrutia, 38.—Alameda San Mamés, 12.—BILBAO  
Trabajadores: leed EL SOCIALISTA

Juan A. Mellé

### Moral católica y Moral socialista.

—Mira allí arriba.  
—No veo nada.  
—Pues allí está el Paraíso, 10 cts.

## M. ROCA

FOTÓGRAFO

Gran Premio en la Exposición Internacional de Viena, 1912.—TETUAN, 20, Madrid.

Ampliaciones y postales de Marx, Babel, Engels, Liebknecht, Jaurés, Iglesias, Quejido, Matías Gómez, Mora, Diego, Caballero, García Cortés, Barrio, Fabra Ribas, Facundo Perezagua, Acevedo, Vera, Carrotero, Montenegro, Vigil, Cabello, Justo, Gueco, Varela, Gasco, Sanchis, Cases, Merodio, Meliá, E. Torralva Beci, Daniel Anguiano, Alvarez Angulo, J. de Villena y J. Besteiro, etc., etc.

Grandes descuentos a Centros y Sociedades

Trabajadores, leed El Socialista.

# EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

<b>SUSCRIPCIÓN</b>	Número suelto	<b>ANUNCIOS</b>
Provincias:		Cuarta plana, 0,30, línea
Un trimestre, 5 ptas.	5 céntimos.	Tercera, noticias, 2,00
Extranjero:		Reclamos, 1,50
Un trimestre, 10 ptas.		Segunda plana, precios convencionales

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Calle del Pez, núm. 15, 2.º dra.  
TELEFONO 4.463 APARTADO 637

PROGRAMA DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL  
En hojas sueltas, muy bien impresas, ha sido editado por la Federación de Juventudes Socialistas.  
Es muy útil a las Agrupaciones y Juventudes para hacer propaganda.  
Precio del millar, 2 pesetas; 500, una peseta. A cada pedido se acompañarán 25 céntimos para el certificado.  
Pedidos a la Federación de Juventudes, Pos, 15, segundo, apartado, 604, Madrid.

### LA GUERRA Y LA PATRIA

10 cts.

### La civilización y la guerra.

10 cts.

# LOECHES

## AGUA MINERAL NATURAL

# PURGANTE

Indiscutible superioridad sobre todos los purgantes, por ser absolutamente natural. Curación de las enfermedades del aparato digestivo, del hígado y de la piel, con especialidad congestión cerebral, bilis, herpes, escrófulas, vrices, erisipelas, etc.—BOTELLAS EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS Y EN EL DEPOSITO CENTRAL, JARDINES. 15, MADRID

Obras escogidas de Máximo Gorki. (13)

## EX HOMBRES

—Permítame... ¿Firmar? ¿Cómo?  
—Sencillamente... Nombre, apellidos... Y no hace falta más—decía el hijo de Petunikof señalando con el dedo el sitio de la firma.  
—No... eso no... Yo no quería eso... yo quería tratar de la indemnización que me ofrecen por el terreno.  
—¡Pero si no vale nada ese terreno!—dijo el joven tranquilamente.  
—Sin embargo... ¡es mío!—exclamó el tabernero.  
—Sí, es verdad... ¿Cuánto quiere por él?  
—Por lo menos, lo que dice la demanda... Como está escrito...—indicó Vavilof con timidez.  
—¿Seiscientos rublos?—y el joven sonreía placidamente.—Pero eso es una broma.  
—Estoy en mi derecho, pude poner dos mil... y puedo insistir... que me quiten ese muro... Eso quería... y me contento con muy poco... Yo quería el derribo...  
—¡Vaya!... Es posible que lo consiga... en tres años, y teniendo que adelantar las costas del pleito. Y entretanto, instalaremos una casa de comidas, una taberna mucho mejor que la de usted... y usted perecerá sin remedio... Pudimos hacerlo; anularle así, en vez de proponerle una componenda, pero el tiempo es precioso... y el trabajo... y la piedad que usted nos inspira... cómo, sin motivo alguno, le quitaríamos a un infeliz el pan de la boca?

Jorge Vavilof apretaba los dientes contemplando al joven, y le sentía dueño absoluto de su porvenir.  
El tabernero, juzgándose humildemente, se inspiraba compasión a sí mismo ante la frialdad implacable de aquel hombre cubierto con el ridículo gabán a cuadros.  
—Y viviendo en paz con la fábrica, podría usted sacarle mucho dinero. Nosotros le ayudaríamos en todo lo posible. Por ejemplo: le aconsejo a usted que ponga en seguida un comercio de tabaco, cerillas, pan, aceite, pepinos... y algunas cosas más que serían de venta.  
Vavilof escuchaba, y como no era tonto, creía lo mejor entregarse a la generosidad del enemigo. Por ahí debía comenzar, y no sabiendo qué hacer de su despecho y de su ira, comenzó a maldecir de Kivalda.  
—¡El demonio le confunda! ¡Borrachín!  
—¿Habla usted del abogado que le redactó la demanda? En efecto: pudo muy bien ocasionarle perjuicios de consideración.  
—¡Ah!—dijo con un gesto desesperado el tabernero.—Eran dos: el primero imaginó el asunto, el otro escribió la demanda... ¡Maldito periodista!  
—¿Cómo? ¿Un periodista?  
—Sí; trabaja en un diario... Escribiste... ¡Qué gente! Los tiene usted en el caserón. Quitelos de ahí, por caridad... ¡Ladrones! Me pudren la taberna, levantan de cascos a los infelices... perturban la calle... no dejan vivir en paz a nadie... Gentes que no respetan leyes ni religión serán capaces de todo; cualquier día roban o incendian...

—Y ese periodista, ¿quién es?—preguntó interesado el hijo de Petunikof.  
—Un borrachín. Ha sido maestro de escuela y lo echaron. Ahora está en un periódico y redacta documentos... ¡Un mal hombre!  
—¡Ah! ¿Es el que le hizo la demanda? Sin duda será el mismo que denunció las deficiencias del andamio...  
—¡El mismo! ¡Ese pillo! Y aquí se jactaba y repetía: «¡Esto escocerá mucho a Petunikof!»  
—Sí... sí... ¡Bueno! Terminaremos amistosamente nuestro asunto?  
—¿Amistosamente?—Inclinó la cabeza, y después de reflexionar, dijo rascándose:  
—¡Ah! ¡Qué vida la nuestra! ¡Qué vida tan desdichada y tenebrosa!  
—Es necesario instruirse—insinuó el joven mientras encendía un pitillo.  
—¡Instruirse! No es instruirse lo que hace falta, caballero... No hay libertad, y eso es lo que hace falta... ¿Qué representa mi vida? Vivo entre zorobras... obligado a mirar siempre hacia detrás... completamente privado de la libertad de mis movimientos... ¿Y por qué? Tengo miedo... Ese miserable maestro de escuela escribe contra mí en los periódicos... atrae sobre mí las iras de la investigación sanitaria... Pago multas... De los inquilinos del caserón debemos temerle todo... que roben, que incendien, que asesinen... ¿Qué podría yo en lucha con ellos? La policía... no la temen: Si los encierran, aún lo agradecerían... Los presos comen de balde.  
—Todo se arreglará si nos convenimos con usted—prometió el hijo de Petunikof.

—¿De qué manera nos convenimos?—replicó Vavilof, ansioso y entristecido.  
—Diga sus condiciones.  
—Pues bien: seiscientos rublos...  
—No se contentaría con ciento?—dijo el joven tranquilamente, observando al tabernero con sifjeza; y luego añadió sonriendo:—No daré ni un rublo más.  
Después de lo cual se quitó los lentes, limpiándolos con el pañuelo. Vavilof le miraba intranquilo y sentía cierta veneración hacia él. En el plácido rostro del joven Petunikof, en sus ojos grises, en sus mandíbulas anchas, en toda la contextura de su cuerpo, descubriase una fuerza equilibrada y firme al servicio de una inteligencia. Lo que gustaba más al tabernero era la manera de hablar del joven, sencillamente, con inflexiones de voz afectuosas, como se habla con un igual; y bien sabía el antiguo soldado las diferencias que le distanciaban de aquel hombre.  
Detallándole, admirándole casi, Vavilof no pudo contenerse, y sintiendo una curiosidad ardiente que acallaba en el todo género de sensaciones, preguntó respetuosamente al hijo de Petunikof:  
—¿Dónde ha estudiado usted?  
—En el Instituto Tecnológico... ¿Por qué me lo pregunta?—dijo el joven sonriendo.  
—Por nada... Yo mismo no lo sé... Perdóneme...  
Bajó la cabeza el tabernero, y de pronto exclamó entusiasmado:  
—¡Ah! Sí... ¿Cuánto puede la ilustración... La ciencia... es la luz. ¡Y nosotros, en este mundo, como buhos encerrados con el sol!... ¡Eh!... Después de todo... ¡Vaya! Terminemos el asunto.  
Decidido, extendió la mano hacia el

hijo de Petunikof, y diciendo con voz entrecortada:  
—¿Quinientos rublos?  
—Cien rublos; ni uno más, Jorge Vavilof.  
Y como si lamentara no poder ofrecerle mayor suma, encogiéndose de hombros dió una palmadita con su robusta y blanca mano sobre la mano yelosa del tabernero. Pronto acabaron, porque Vavilof se aproximaba rápidamente a los deseos del joven y éste no cedía. Cuando el tabernero hubo firmado el papel y recibido los cien rublos, tirando la pluma sobre la mesa, con rabia, exclamó:  
—¡Bueno!... Ahora me falta entenderme con esa gente. ¡Lo que harán de mí esos demonios!  
—Dígame que pagué lo que decía la demanda—propuso el hijo de Petunikof.  
Y lanzando con placidez hilos de humo, los miraba desvanecerse.  
—Piensa usted que lo crearán? Son fuleros, acaso tan inteligentes como...  
Se detuvo a tiempo, asustado por la comparación que se le ocurrió, y miró temeroso al hijo del comerciante; fumaba, completamente absorbido en esta ocupación. Se despidió, prometiendo arrojar de su nido a los revoltosos. El tabernero, viéndole subir la calle, sintió deseos de gritar algo injurioso y dañino a espaldas de aquel hombre que se alejaba tranquilamente con paso firme por un camino lleno de grietas y sembrado de pedruzcos.  
Al anoecer el capitán entró en la taberna con el semblante muy fruncido y el puño derecho muy apretado. Vavilof se adelantó hacia él sonriendo como un culpable.  
—¡Digno retoño de Caín y de Judas,